

Alcanzados por las fuentes: ¿por qué? ¿cómo?

José García de Castro

“...como el mar quiere a su agua”

(Pedro Salinas, *Razón de amar*)

Jesús se sentó junto al pozo, estaba cansado y tenía sed. Y en Samaría Dios se nos manifestó como Agua y como Fuente de Vida. Jesús también sintió la sed de absoluto en la más oscura de las tinieblas; y desde ahí volvió a su Fuente, accesible también desde el sufrimiento y el sinsentido: “Tengo sed”. Y nos invitó a todos a beber de Él, de su Vida y su Palabra, para no tener más sed.

311

1. Fuente sólo es Dios

La última palabra, como seña de identidad más verdadera, que Ignacio ofrece sobre el mundo y sus cosas, es su participación de la vida divina, como el agua que descende de la fuente, o los rayos que descenden del sol. Es la contemplación para alcanzar amor [*Ej* 230-237]. Las cosas están habitadas por Dios y son lugar donde Dios trabaja y labora. No son Dios, pero, fieles a la metáfora, podemos decir que son de su misma naturaleza, como el agua es de la misma naturaleza de su fuente o los rayos de la misma naturaleza del sol que los produce. Sólo hay una Fuente, sólo hay un Dios. Pero hay una divinidad que mantiene trabajosamente y habita toda la Creación. Dios hecho divinidad lo llena todo con su presencia: “mil gracias derramando / pasó por estos sotos con presura, / e yéndolos mirando / con sola su figura, / vestidos los dejó de hermosura” (San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*, A5).

Peregrinar hacia la hondura del misterio que somos, es ir infinitamente hacia la Fuente que nos da la vida, que nos constituye en vida, que nos habita trabajando y laborando en nuestro interior, “haciendo templo de mí” [*Ej* 235]. Saber quiénes somos e ir sabiendo qué cosa pueda ser

el mundo es estar yendo hacia Dios, y sólo hacia Él; toda otra “ida” hacia cualquier otra parte es limitada, penúltima, incapaz por sí misma de remontarse hasta la Fuente primera; toda otra ida, hacia otro sitio nos dejará siempre, en alguna parte, insatisfechos. Ignacio reflejó esta ultimidad de Dios en la vocación del ser humano, en concreto del jesuita, en el comienzo de la *Fórmula del Instituto*, cuando exhorta al jesuita o candidato a jesuita a “poner delante de sus ojos, ante todo, a Dios y luego el modo de ser de este instituto, que es camino para ir a él”¹.

Para acceder a Dios, por propia naturaleza Accesible, disponemos de numerosos y sencillos medios, como la oración en sus múltiples y muy variadas formas, los sacramentos, de manera especial la Eucaristía, la Palabra de Dios, de manera especial la recibida a través de Jesús, la Fuente de Agua viva (Jn 4, 10-15)²; el prójimo, de manera especial el más necesitado y también los carismas, modos de entender el acceso a Dios por haberse hecho él antes accesible y entendible a hombres y mujeres en la historia; el lugar primero para descubrir en un carisma el paso y el don del Espíritu son sus fuentes.

2. Las fuentes, lugar simbólico

En las congregaciones religiosas, despliegues histórico-institucionales de los carismas, llamamos “fuentes” a los *textos* de los principios que reflejan aquellas *experiencias* que son para la propia congregación como un “lugar de convergencia”. En las fuentes descansamos del camino con frecuencia fatigoso, en las fuentes recibimos pasivamente el murmullo de la corriente profunda de lo que somos, y eso nos reconstruye por dentro. Junto a las fuentes refrescamos ideas anquilosadas o teologías enmohecidas y sin querer nos ofrecen un criterio de discernimiento para “recibir o lanzar” [*Ej* 313] aquellas mociones que se le presentan al Cuerpo (congregación, institución) en su itinerario religioso: serán recibidas en la medida en que encuentran un eco eufónico en lo recibido y expresado en las fuentes y podrán ser “lanzadas” o rechazadas en la medida en que no encuentren un lugar apropiado en su reflejar ante las fuentes, aunque sean propuestas en verdad bondadosas y cristianas, pero ajenas al don recibido.

*En las fuentes
recibimos pasivamente
el murmullo de la
corriente profunda de
lo que somos*

¹ Puede leerse en San IGNACIO DE LOYOLA, *Obras completas*, BAC, Madrid 1981, 436.

² Cf. CG 35 d2, 8.

Con frecuencia hacemos un uso “derivado” de las fuentes para fundamentar con cierta solidez propuestas de tipo histórico, dogmático y, por supuesto, teológico-espiritual. Las necesitamos y por eso recurrimos a ellas y las usamos como un depósito de información incondicionalmente abierto, a disposición por igual de investigadores y curiosos de todo tipo. Pero menos veces nos acercamos a ellas por sí mismas, para reconocer el valor, la función y el sentido que tienen en el sistema teológico místico al que pertenecen, sólo por ser eso, “fuentes” y, por tanto, depositarias de un don³.

Las fuentes nos hacen más humildes porque sin imponerlo, sin tan siquiera pretenderlo, nos recuerdan que no todo empezó con nosotros, conmigo, ni acabará con nosotros, conmigo, y así nos libera de la angustia de la responsabilidad desmedida desde la que tan frecuentemente dialoga con nosotros el enemigo, para agotarnos a través del orgullo de quien pretende ser en alguna manera “creador”. Las fuentes están siempre resituándonos y, por tanto, rectificándonos en nuestra misión, inspirándonos silenciosamente para que todas nuestras “intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina Majestad” [Ej 46].

Las fuentes nos hacen pobres y dicha pobreza consiste en recordarnos que no nos poseemos, ni siquiera en nuestras raíces, en nuestros orígenes. Algo que sentimos “tan nuestro”, no nos pertenece. En nuestro principio fue el don. Procedemos de una tradición “regalada”, donada por Dios en Jesús a Ignacio y sus compañeros por el esfuerzo del Espíritu, quien trabajó casi 20 años en el de Loyola despertándole al contraste de mociones allá por 1521 [Au 8] y manteniéndolo atento por la escucha y el discernimiento hasta la redacción de la *Fórmula* en 1540.

Pero la experiencia no fue *de* Ignacio y sus compañeros. Si así hubiera sido, se hubiera terminado con ellos. Ellos nos dejaron, pero lo acontecido en ellos ha permanecido con nosotros porque no era algo suyo, era de Dios en ellos⁴ y así lo experimentaron y lo formularon al reconocerse

³ Los dos diccionarios recientemente publicados (*Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico temático*, Instituto Histórico SJ – Universidad Pontificia Comillas, Roma-Madrid, 2001 (4 vols.) y el *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao – Santander 2007 (2 vols.) omiten la voz “Fuentes”, aunque el segundo de los citados dedica artículos particulares a cada una de los textos considerados como “fuentes”: Autobiografía, Diario Espiritual, Constituciones, Ejercicios, cartas, *Fórmula* del Instituto.

⁴ Depende de cómo entendamos el “de” en la expresión “experiencia de Dios”. Lo más espontáneo es entenderlo a modo de genitivo objetivo, esto es, como quien hace experiencia de conducir o, incluso, de rezar: pero es claro que no hacemos experiencia de Dios como si de otro objeto del mundo se tratase. Y nunca puede ser sólo eso, aunque con frecuencia quede reducido a eso. Es más un genitivo posesivo “de Dios”, o sea, la experiencia pertenece a Dios; un genitivo de cualidad, algo así como “experiencia de amor, de misericordia” y, ante todo, pero casi nunca, un genitivo epexeagógico: Dios es la experiencia; por la semejanza somos estructura competente en la que Dios se actualiza como experiencia para el mundo. Creo que es el nivel más alto o más profundo de humildad.

(al conocerse de manera nueva) conducidos por el Espíritu y, por tanto, sin derecho a deshacer la obra que el mismo Espíritu venía haciendo en ellos hasta aquel 1539 (*Deliberaciones* de Roma, 1539)⁵. Las fuentes contienen, pues, una manera de Dios *dándose*. Pero la contienen así, en presente dinámico, en gerundio. No disponemos de las fuentes como quien conserva algo valioso en un cofre o en unos archivos seguros. Tampoco nos acercamos a ellas sólo desde una curiosidad histórica o “arqueológica”. La experiencia ahí expresada, accesible por la palabra, contiene y despliega un modo de acceder al Misterio de Dios y, por tanto, una posibilidad hecha estructura, orden, camino y método para vivir absolutamente nuestra condición de criaturas *así*.

3. Las fuentes, palabra evocadora de futuro

Lo que materialmente conservamos de las fuentes son irremediablemente textos. Nunca valoraremos suficientemente el hecho de que alguien, a veces anónimo y desconocido, haya empleado un tiempo para escribir, para fijar la experiencia. Varias son las perspectivas posibles para acercarse a estos textos: la histórica, la filológico –exegética, la antropológico-cultural, la política... la teológica. Para cada congregación los textos de sus fuentes son textos pneumáticos, que contienen la vida y la experiencia del Espíritu, a un doble nivel. Ante todo, la experiencia y la vida de aquella/s personas/s que en un tiempo pasado interpretaron como venido “de lo alto” algo que les ocurrió, experiencia en el Espíritu, o experiencia del Espíritu en ellos/as. Esto supuso para estas personas ante todo una *transformación* interior que les llevó a ir poco a poco conformando sus vidas según la Vida de Jesús; pero también una transformación exterior que les llevó a orientar sus recorridos hacia horizontes tal vez insospechados por decisiones cada vez más comprometedoras e implicativas con Cristo, incluso hacia donde no sabían: el primer grupo de jesuitas pronto se vio disperso por tierras al comienzo insospechadas: Irlanda, Alemania, tierras de Italia, España, India.

Textos abiertos al tiempo, a la vida y al espacio de todo otro sujeto religioso que abierto a una experiencia similar pueda construir su vida desde la experiencia del Espíritu que los primeros recibieron y permitie-

⁵ “La nueva comunidad nace con la conciencia de que no se debe a sí misma ni en su origen ni en su destino. Por eso es constitutiva en ella la apertura al Dios que la sigue haciendo porque sigue convocando” (Arrupe, P., “Reengendrar cada día la Compañía”, *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, Sal Terrae, Santander 1981, 490496, 490).

ron desplegar⁶. Escribir fue, por tanto, una de las grandes responsabilidades de los primeros. Escribir fue ante todo interpretar, realizar el esfuerzo, tan repetidamente frustrado, de conceptualizar una experiencia con frecuencia atemática, más intuitiva y emotiva que racional basada en sentires no formulados o interpretados inmediatamente, como lo acontecido en el Cardoner [Au 30] o en La Storta [Au 96]. La decisión de escribir se da en ocasiones superando resistencias y tentaciones de vacío o sinsentido, o incluso arriesgándose a formular sin saber muy bien de qué se está hablando. Vida en las fuentes y vida del sujeto religioso contemporáneo son, por tanto, dos aperturas respectivas que se necesitan para converger en el Espíritu. Sólo quien va hacia las fuentes en apertura incondicional se sentirá alcanzado por el Espíritu que las habita, como el mar alcanza su orilla⁷, inicio de su transformación.

Pero se escribió. Se conceptualizó, se puso palabra y, paradójicamente, la palabra, porque estaba escrita, podía comenzar a volar por el tiempo. Gracias a quienes escribieron, la experiencia carismática primera permanece, no anclada en el tiempo, sino abierta al tiempo, construyendo el futuro.

Con bastante frecuencia se establece un vínculo insuficiente y erróneo que relaciona estrechamente el ir hacia las fuentes con volver la mirada al pasado, como quien abre un álbum de fotos antiguas o diarios más o menos interesantes de personajes ya difuntos. No pocos están muy convencidos de que el tema de las fuentes concierne sobre todo a historiadores y, en alguna medida, a Formadores, como si lo que hubiera que transmitir fuese, ante todo, una información de hechos importantes para la congregación. Hay, sin duda, un contenido histórico en los documentos de las fuentes: hay datos y anécdotas, hay experiencias y nombres, hay situaciones, conflictos, logros, deseos, malentendidos, sueños, viajes, encrucijadas... hay muchas cosas en las fuentes y no podemos ni debemos ignorarlas. Es su primer estrato de sentido, el primer nivel de aproximación al carisma, necesario e ineludible. Este primer nivel se desarrolla, sin duda, con metodología propia de los historiadores y busca desde los materiales de que disponemos reconstruir aquello *que* pudo ser. El Espíritu es encarnatorio y entra en el tiempo a través de la histo-

⁶ Ya en Arrupe: "Nuestro espíritu siente las *Constituciones* como un libro normativo y al mismo tiempo como un libro de vida, no solamente porque es para la vida, sino porque en él late una carisma, don de un Espíritu vital, que da vida, es principio de unidad y de acción" (ARRUPE, P., "La misión, clave del carisma ignaciano, *La identidad...*", 105-124, 106).

⁷ "un deseo de vivir hasta el fondo de esa 'reciprocidad', que Él funda y quiere, y de hacer responsablemente Compañía de Jesús" (ARRUPE, P., "Reengendrar cada día la Compañía", *La identidad*, 494).

ria; conocer mejor la historia es posibilidad para adentrarse mejor en la experiencia del Espíritu. Necesitamos los datos, la información acerca de lo que aconteció para en verdad arraigar un carisma en un suceso, en un acontecimiento, en unas personas concretas que vivieron esto o aquello, de esta o de la otra manera. Necesitamos una “historia” desde la que poder *reflectir*.

Pero las fuentes no son sólo eso ni primeramente eso; no son documentos valiosos para nosotros porque sean “antiguos”, del siglo XVI o del que sea. Su valor inapreciable reside en que la experiencia que contienen, en gran medida continúa siendo *nuestra* experiencia.

Por lo tanto, el teólogo de la experiencia no puede perder de vista al historiador. Su reflexión o interpretación teológica ha de aludir necesariamente a aquello que pudo haber pasado para intentar ofrecer una Teología creativa de la Encarnación o del Espíritu en el Mundo a través de tal carisma.

De igual manera, el historiador religioso va hacia los textos como textos de experiencia, textos que han generado vida para la Historia y para el mundo a través de tal o cual persona o grupo. Desvincular al texto de su carácter experiencial, y en este caso irrenunciablemente teológico, es no alcanzar a descubrir el sentido del texto. ¿Quiere decir que sin una apertura a la interpretación religiosa del texto no se puede hacer historia del hecho religioso? Sí, se puede hacer pero hasta un nivel de

interpretación siempre penúltimo. Si no se ofrece, al menos, una hipótesis sobre la vida religiosa que estos textos contienen, abriéndolos a su remitencia trascendente, no se comprende el sentido último ni la motivación primera que los provocó⁸.

Así, nos adentramos en las fuentes experiencialmente⁹ para permitir que ante todo nos informen del pasado y desde ahí nos conformen en el presente y evoquen el futuro¹⁰. Por el despliegue del carisma en el tiempo, labor del Espíritu, la expe-

Por el despliegue del carisma en el tiempo, la experiencia vivida nos alcanza; comienza la transformación

⁸ Es como quien se acerca a interpretar, por ejemplo, el texto del *Requiem* de Mozart sin saber música y pretende dar una lectura correcta y definitiva del texto porque analiza meticulosamente el estado de conservación del papel, la composición química de la tinta del siglo XVIII o realiza una interpretación psicológica del autor a partir de los escasos datos que la grafología de las anotaciones marginales pueda ofrecerle; todo verdad, pero insuficiente hasta que no se “lea” el texto y se escuche su interpretación.

⁹ Me parece que este adverbio es el que mejor integra las dos dimensiones aludidas, la histórica y la teológica.

¹⁰ “La vuelta a las *Constituciones* representa un paso adelante, aunque externamente parezca el primer paso hacia atrás en el retorno al pasado obsoleto” (ARRUPE, P., “La misión, clave del carisma ignaciano”, *La identidad*, 105-124, 106).

riencia vivida nos alcanza y dicho alcance es el comienzo de la transformación. Nosotros vamos hacia la Fuente a través del carisma, y fuera de él, nos cuesta encontrarnos. Para Polanco aproximarse a las fuentes era causa de consolación y en ellas se encontraba el modo de proceder de la Compañía y la pauta para el futuro:

“Asimismo, ultra de la espiritual consolación que los de la Compañía y otros tomarán de ver el principio y progreso de ella, pareciome que se ayudarían los unos y los otros con el ejemplo de los santos trabajos y virtud que de los mayores oirán, animándose a la imitación de ello [...]. Será también como una regla e institución de cómo se ha de proceder en esta Compañía, ver cómo los *primeros Padres procedían*, que aunque callen con las lenguas, dicen con las obras lo que hacerse debe”¹¹.

Es cierto que Dios es mucho mayor, infinitamente mayor, que nuestro pequeño carisma, pero no es eso. Dios despliega carismas como su propia manera de dejarse acceder creativamente por el hombre, de atraernos hacia Él y permitirnos así vivir en plenitud nuestra condición de hijos. El carisma hecho historia, y por tanto también institución, es el camino hacia Dios como nos recordaba la *Fórmula del Instituto*¹², pero también es el camino primero de Dios para acceder en fidelidad al hombre. Dios en el carisma, se disminuye, se hace voluntariamente pequeño, se nos da haciéndose método, como los rayos que descienden del sol o las aguas de la fuente.

4. Las fuentes, ámbito de vocación

“Tener vocación”, expresión siempre insuficiente, es entonces dejarse asumir por esta experiencia fundante del Espíritu y experimentarlo como consolación, Su manera más diáfana y primitiva de respondernos y confirmarnos. No hay vocación a un carisma y, por tanto a una institución, si no se da un diálogo consolador con la experiencia del Espíritu en las fuentes, ofrecidas y presentadas tan creativa y pedagógicamente como cada región o cultura estime más conveniente a través de sus proyectos apostólicos o planes pastorales.

¹¹ POLANCO, J. A. de, “Sumario Hispánico”, en *Diego Laínez, primer biógrafo de San Ignacio* (Alburquerque, A. ed.), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2005, 125-126 [1]. Nótese la escondida referencia a la contemplación para alcanzar amor en su primera nota [Ej 230] (énfasis nuestro).

¹² Llamada frecuentemente “Formula vivendi”, “Fórmula de vida” (Cf. *Deliberación de los primeros padres* [1]; POLANCO, J. A. de, *Sumario Hispánico* [87]).

La vocación no es vocación a una modalidad de trabajo, ni a una determinada actividad, ni a un grupo de gente buena o simpática que pueda resultar atractiva por sus tareas, ideología, misiones o estilo de vida. Es vocación a un carisma, a un don del Espíritu en la historia, una invitación a una vida de *tal* manera, y es en esa *talidad* donde Dios se deja escuchar a modo de consolación¹³.

Si no se va descendiendo a ese nivel carismático no se puede afirmar que tal vocación de hecho se esté dando, aunque el atractivo por la tarea, las personas, las ideologías o, incluso también por la oración sea muy grande, pero siempre penúltimo. El tiempo dirá que era insuficiente. El discernimiento, esto es, la pregunta que se le plantea a Dios en Jesús sobre qué y dónde me quiere, es, por tanto, acerca de mi vida *en* este carisma, y si a través de él puedo llegar a ser en libertad una existencia para el amor y el servicio. El ámbito de respuesta para esta pregunta se encuentra en las fuentes.

En el caso de la vocación jesuítica, por ejemplo, una vez que un hipotético candidato ha establecido un contacto con la Compañía de Jesús a través de alguna persona, una institución, un trabajo, tal vez internet... la misma Compañía ha de favorecerle el descenso en soledad hacia las fuentes del carisma, y escuchar ahí qué tipo de experiencia hace el Espíritu en tal candidato, incluso antes de un planteamiento formal y explícito de elección. Al decir “en soledad” me refiero al carácter concierne e irrenunciable de este descenso: nadie puede ni debe hacerlo por él, aunque, obviamente, alguien deberá ofrecerle un “modo y orden” para que pueda ir pedagógicamente hacia él.

Así, el tiempo de la formación favorece el despliegue del “discernimiento institucional”, tiempo de considerar y orar la vocación a *esta* institución carismática en diálogo con la vocación al seguimiento de Cristo experimentada en los ejercicios. Se pasa a ser parte del cuerpo al pronunciar los “últimos votos” con la convicción esta vez más validada de haber ido poco a poco dejándose asimilar por el Espíritu presente en la Institución. La incorporación no es una cuestión de dos planos (Yo y Jesucristo) sino que incluye una tercera dimensión irrenunciable a través de la cual se me ofrece y propone el Seguimiento. Abiertos al Misterio de un Dios siempre Mayor, no podemos pensar en dos “configuraciones”, una personal e íntima con Cristo a través de los ejercicios y otra formal o metodológica favorecida por unos modos y costumbres de la insti-

¹³ Incluida la consolación en el dolor, como formula Ignacio en la segunda de las definiciones que ofrece en el [316] de los *Ejercicios*: “Asimismo [llamo consolación] cuando la ánima lanza lágrimas motivadas...”.

tución. La semejanza en Cristo se despliega en nosotros haciéndonos al mismo tiempo mejores jesuitas, esto es, miembros más arraigados en el carisma de la Compañía de Jesús. El mismo Espíritu que se nos da en Jesús, “tira de” nosotros, nos arrastra hacia la vida que brota en la institución, al tiempo que nuestra presencia en ella vivifica la misma institución. La formulación del deseo siempre proyectivo de unos primeros votos (“y prometo entrar en la misma Compañía...”) se torna ahora fecundo y lúcido presente.

Es de suponer que a lo largo de su camino hacia la incorporación definitiva, el jesuita vaya integrando, más o menos temáticamente, estos dos polos del carisma: el de la intimidad con Cristo y el de la conformidad con la institución. El Espíritu los va dando en permanente y mutua remitencia.

Este *iter* hacia el carisma tiene como primera estación la experiencia de Ejercicios, pero después, de manera irrenunciable la experiencia de las *Constituciones*. Los *Ejercicios* proponen un método cristiano tanto para la conformación con Cristo (por el ineludible e insistente conocimiento interno de nuestro Señor) como para buscar y hallar a Dios en todas las cosas (por la Contemplación para alcanzar amor). Pero no pretenden ofrecer un método para discernir la llamada a la Compañía de Jesús. Asistir consoladamente a un “coloquio de misericordia” [Ej 53] o experimentar un grande ánimo y generosidad ante la invitación de Cristo, Rey Eternal [Ej 98] es insuficiente para concluir una invitación vocacional explícita a la Compañía de Jesús.

La incorporación a este carisma pasa por escuchar la respuesta consoladora del Espíritu a dejarse asumir, por mil caminos diversos, por la experiencia carismática recibida en las *Constituciones*. Uno puede sentirse profundamente invitado y atraído a seguir a nuestro Señor según la propuesta de la meditación del Rey Eternal sin que todavía alcance a conocer la manera como pueda encauzarse dicha llamada en su historia y en su vida concreta. Esa manera concreta (tal) se ha dado a la Compañía de Jesús en las *Constituciones*, donde la experiencia carismática se encauza en un *modus procedendi* concreto¹⁴. En otras palabras: el “conmigo” de la meditación del Rey Eternal adquiere un “así” en las *Constituciones*, algo que los Ejercicios no podían ni debían ofrecer¹⁵.

¹⁴ “San Ignacio tuvo su carisma fundacional y las *Constituciones* de la Compañía de Jesús son la expresión más articulada y palpable de dicho carisma” (ARRUPE, P., “La misión apostólica, clave del carisma ignaciano (7/XI/74)”, *La identidad*, 105-124, 105.

¹⁵ Según aquello también de la fórmula de los votos: “entendiendo todo esto según las *Constituciones* de la Compañía”. Por tanto, no primeramente según yo; tampoco según lo que yo creo que Jesús quiere para mí; tampoco primeramente, según lo que mis compañeros más cercanos o mi Padre espiritual entiendan; tal vez sí a través en alguna medida de todos ellos dejándose interpretar e interpretando lo formulado en las *Constituciones*.

La Compañía no se ha preocupado en igual medida de favorecer en el sujeto la dimensión corporativa

En mi opinión, hemos pensado y reflexionado mucho, muchísimo (pastoral, teológica, pedagógica o mistagógicamente), sobre el tipo de experiencia que se da y que conviene favorecer en los ejercicios para acceder al carisma a través de ellos. Por los ejercicios, la Compañía ha ido favoreciendo sujetos de profunda experiencia espiritual arraigada en el tercer binario y en los deseos de la tercera manera de humildad; sujetos seguros de sus decisiones por un discernimiento integrado y confirmado, y sólidos en sus tareas apostólicas. Pero la Compañía no se ha preocupado en la misma manera de favorecer en el sujeto el despliegue de la dimensión corporativa del carisma. La experiencia espiritual del jesuita y con ella su identidad se construye en enorme medida desde el carácter personal de su relación con Cristo en los Ejercicios sin apenas dejar sitio para su encuentro con el mismo Cristo en el Cuerpo de la Compañía. Todavía seguimos pensando que la dimensión pneumatológica del Cuerpo es una “mística de segunda” y que si hemos de implicarnos en trabajarla es más bien por requisitos sociales “de llevarnos bien” en la comunidad, o por atraer (o al menos no espantar) a otros, que por convicción explícita de que es trabajo y tarea del Espíritu Santo en medio de nosotros, al que debemos religiosamente escuchar y responsablemente responder.

Esto es comprensible: terminados los ejercicios, pasamos a vivir juntos, a veces convencidos de que nuestra “tarea espiritual” como jesuitas está cumplida y volvemos al quehacer personal cotidiano fieles a las mociones de los ejercicios, pero sin al menos favorecer la pregunta sobre las implicaciones de *mis* ejercicios en la dimensión corporativa irrenunciable de mi vida: “la identidad del jesuita es relacional” (CG 35, d2.19)¹⁶. El Espíritu habla a las Iglesias, a las comunidades, las habita y trabaja en ellas, no casual sino estructuralmente. Pero a este respecto, no pocas parcelas de nuestro interior permanecen todavía en un sombrío y húmedo agnosticismo.

La CG 35 ha introducido, entre otras, una novedad notable en lo que a las fuentes se refiere con respecto a las tres congregaciones anteriores

¹⁶ “Padre don Andrés: Si quiere Vuestra reverencia ser miembro de esta Compañía es necesario que se duela del daño de todo el cuerpo de ella. Daño grande es ir contra el instituto” (Carta al P. Andrés Galvanello (16 de diciembre de 1553), *Epp* VI, 63; BAC 1982, 885).

(34, 33 y 32). La frecuente recurrencia expresiones “Ignacio y los primeros compañeros” o “primeros compañeros”¹⁷ así como a “amigos en el Señor”¹⁸ o a las *Deliberaciones de los primeros padres*¹⁹, muestra un notable interés por acentuar el carácter corporativo, societario del carisma recibido, por dejarse afectar por el “necesario retorno a nuestras fuentes”²⁰. El primero de los grupos, el de los estudiantes de París, inspira y alienta al último de los grupos, la Congregación General 35 y, en ella, a toda la Compañía de Jesús en todo tiempo y en todo espacio²¹. El Cuerpo no es un “anexo” al carisma; es el mismo carisma en tanto que estructura de posibilidad, un hogar pneumático, para la identidad y misión de cada uno de sus miembros.

5. Las fuentes, ámbito de interpretación

Por esto necesitamos estar siempre de alguna manera volviendo, o más bien facilitando que las fuentes vuelvan a nosotros, como el mar a su orilla. No pretendemos un volver erudito, aunque necesitamos saber críticamente qué ocurrió. Necesitamos aprender a interpretar nuestra propia historia de salvación a la luz del carisma recibido, esto es, aprender a decirnos ignacianamente. Nosotros miramos el mundo [*Ej* 106-107], lo sentimos, lo padecemos y vamos hacia él por nuestra acción, todo ello de manera ignaciana. La mirada, el sentir y el lenguaje –y con él la interpretación y valoración– nos vienen de las fuentes. “Los jesuitas saben quienes son mirándole a Él” (CG 35, d2, 2) pero mirándole de una manera, desde un ángulo o perspectiva determinada, desde el caris-

¹⁷ D1, 1; D2, 3; D3, 15.16; D4, 2-6; D4, 23.30.36.

¹⁸ D2, 11.19; D3, 41; D4 36; D5, 34.

¹⁹ D2, 2; D4, 4.5.

²⁰ GONZÁLEZ BUELTA, Benjamín, “Introducción al Decreto 2”, *Congregación General 35 de la Compañía de Jesús*, Mensajero / Sal Terrae, Bilbao / Santander 2008, 75. Abnegación, Amigos en el Señor, Cardoner, Contemplativos en la acción, El mundo es nuestra casa, Contemplación, Deliberación de los primeros Padres, encontrar a Dios en todas las cosas, Disponibilidad, Discreta caritas, Constituciones, Formula del Instituto, Modo de proceder, Obediencia, Sentire cum Ecclesia, La Storta, Laínez, Loyola, Manresa, Misión, Montmartre, Nadal, Primeros compañeros, Salmerón, Unión de ánimos son algunas de las expresiones de las fuentes que inspiran y fundamentan el discurrir de los decretos.

²¹ La CG 31 (1965) abre su decreto 19, “Vida de comunidad y disciplina religiosa”, con una alusión a las *Deliberaciones de los Primeros Padres* (Roma, 1539) (cf. MHSI 63, 2) para fundamentar el “sentido comunitario”. La interpretación que el decreto hace de las conclusiones de los Primeros Compañeros es, a nuestro parecer, insuficiente, pues prescinde del contenido pneumatológico de la experiencia al afirmar que decidieron permanecer unidos para “conseguir una cohesión interna, una estabilidad y una eficacia apostólica mayores” (*Congregación General XXXI*, Hechos y Dichos, Zaragoza 1966, 169-170).

ma ignaciano²². Lo acontecido en el siglo XVI se despliega para recibir de aquella historia, vida espiritual para nuestro tiempo y circunstancias (contextos, culturas...). No podemos ni debemos desconocer nuestro primer pasado porque en él también nos apoyamos para acertar a decirnos quiénes somos e incluso cómo o dónde estamos.

En las fuentes, por tanto, nos re-conocemos también nosotros y, lo que puede parecer más provocador, dejamos también que la vida de los comienzos se reconozca en nuestras situaciones contemporáneas. Una situación que puede ayudar a ilustrar lo que venimos comentando es el caso del acompañamiento espiritual como momento significativo, entre otros, para ir apropiándose del carisma. Un acompañante escucha e interpreta calladamente en clave ignaciana lo que recibe del acompañado. Lo que está ocurriendo hoy es posible leerlo en el Espíritu a la luz de lo que ocurrió. Las posibles referencias a los *Ejercicios*, a algún pasaje de las *Constituciones* o de la *Autobiografía*, o tal vez a algo que se recuerde de alguna carta del vasto epistolario ignaciano pueden ayudar a iluminar la situación que el acompañado está atravesando. Al hacerlo, se está entonces ayudando a ignacianizar un proceso, se está desarrollando lenguaje y por tanto favoreciendo una interpretación. Leer la propia historia a la luz de lo acontecido en las fuentes, es autocomprenderse ignacianamente, una manera de ir siendo más y más incorporado al carisma.

Al ser así asumidos por las fuentes superamos dos tentaciones presentes en nuestra institución: la tentación de la *modernidad*, de pretender vivir desde lógicas coherentes pero estrictas y cerradas, o desde “summas” pretendidamente acabadas, fruto de una brillante y férrea construcción del pasado con pretensiones de definitividad. Pero las fuentes son libre y no se dejan encerrar en interpretaciones definitivas propias de una época (tampoco la actual), y por eso, sólo por eso, mantienen a la institución en una saludable y necesaria apertura a su pasado primigenio. Su “plus de historia” consiste en inspirar el presente, para transformarlo incesantemente, ignacianizándolo, esto es, haciéndolo más capaz de amar y servir.

Al ser así alcanzados por las fuentes, superamos también la tentación de *posmodernidad*, esto es, de pretender romper ingenuamente con el pasado para instalarnos en un presentismo que, por infecundo y leve, se vuelve agotador. Sólo desde nuestro pasado vamos construyendo el pre-

²² “Las *Constituciones* nos proporcionan una clave para la lectura del Evangelio, del mundo y de la vida individual y comunitaria de cada jesuita como individuo y como miembro de la Compañía” (ARRUPE, P., “La misión...”, *cit.*, 107).

sente, en humildad agradecida por tantas vidas entregadas que han ido edificando calladamente el cuerpo de la Compañía que hoy hemos recibido y responsablemente conservamos y aumentamos²³. Las fuentes nos mantienen en nuestra identidad de recibidos, de incorporados a un cuerpo que nos precede y nos acoge, que existía antes que nosotros pero que al mismo tiempo necesita de nosotros; sólo desde esta incorporación sincera en el carisma podemos ser lúcida e ignacianamente críticos con el Cuerpo. Reconociéndonos con lucidez en nuestro pasado, afrontamos con coraje y fervor el futuro.

El Espíritu va discerniendo, separando sabiamente la bondad de lo ya acontecido para iluminar las decisiones del porvenir. El Espíritu ha hablado mucho en nuestra tradición y junto con una dimensión irrenunciablemente pecadora, hay también mucha santidad anónima acumulada que nos soporta, mantiene y desafía. Así las fuentes nos protegen de un angustioso presentismo, nos libera de angustias vacías frente a futuros inciertos y nos ayudan a desplegarlos y ofrecernos al mundo en una serena *presencialidad*, esto es, en una vivencia cristocéntrica del tiempo.

6. Las fuentes, ámbito de comunidad

Hay expresiones en las fuentes de un carisma que contienen un “no sé qué” de luz mística que integra y unifica a la persona en su vocación²⁴. Al leerlas o escucharlas uno reacciona volviéndose espontáneamente hacia su “más profundo centro”. Son formulaciones que han logrado reunir un espectro de significados carismáticos que bien acogidos despliegan su energía de convocación. Todos se sienten atraídos incondicionalmente hacia un mismo centro; un centro sin dueño, que se ofrece gratuitamente y ofrece un espacio de libertad. Ir hacia él es empezar a “vencerse a sí mismo” porque se está saliendo del “propio amor, querer e interés”. El centro-fuente, nos altera, tira de nosotros hacia el amor, y por eso sabemos que el carisma es verdadero, que viene de lo alto.

²³ “conservar y aumentar” tiene sin duda los ecos del título de la parte X de las *Constituciones*: “De cómo se conservará y aumentará todo este cuerpo en su buen ser”. El aumento del que se habla no se refiere exclusivamente al aspecto cuantitativo; podemos aumentar en el buen ser, aunque disminuyamos en número, si vamos creciendo en fidelidad y experiencia del carisma.

²⁴ Expresiones de este tipo pueden ser: “Amigos en el Señor”, “En todo amar y servir”, “Tomad, Señor, y recibid”, “Contemplativos en la acción”, “Quiero que tú nos sirvas”, “Pecadores pero llamados” o, más recientemente, “Un fuego que enciende otros fuegos”.

*Las fuentes son un
ámbito de lenguaje
común, de
interpretación y
tradición compartidas*

Las fuentes son un ámbito comunitario de lenguaje común e interpretación y tradición compartidas. En torno al centro se resitúan las funciones y las responsabilidades, la autoridad y la obediencia, y se hace más transparente la común convocación y la fraternidad en la misión. En torno al murmullo del carisma primero, se ordenan tareas y afectos porque uno se siente alcanzado y trascendido en su condición de criatura y una vez ahí, en humildad, el otro y la comunidad se me dan desde esta misma clave creatural, compartiendo la misma identidad.

Hacer ejercicios, por ejemplo, no es sólo actualizar mi vida espiritual y releer mi historia personal de los últimos meses. Hacer ejercicios es entrar en el corazón de la identidad y, por tanto, dejar a la Fuente / Jesús que venga hacia mí por la presencia del Espíritu en el carisma. Hacer ejercicios es remontarse a la experiencia primera, dejarse alcanzar por ella, encauzarse en ella y así permitir a Dios que nos hable con el mismo código, las mismas claves, la misma sintaxis. Son ejercicios en el carisma recibido que me posibilita encauzarme hacia un cuerpo. La experiencia de los ejercicios hechos en la Compañía tiene una dimensión societaria ineludible y por eso renuevan la vida del Cuerpo.

La manera que tiene Dios de mantenerse fiel a nosotros es atrayéndonos hacia el carisma y conservándonos en él. Por eso una congregación religiosa es siempre vida espiritual, vida mística a través de instituciones, mediaciones, personas, aulas, campos, horarios y textos habitados, pneumatizados, por donde discurren como cauces, las aguas de la Fuente. No hay vida carismática al margen de sus mediaciones; el Espíritu es venido en “carne”. Y esto es tremendamente ignaciano: ir hacia Dios a través de las estructuras de Su Mundo, con toda su fragilidad, ambigüedad e incluso su pecado.

Es muy arduo llevar adelante las instituciones sin conocimiento y experiencia del carisma, aunque se tenga una buena estructura jurídica y se disponga de unas plataformas pastorales muy bien organizadas; se corre el riesgo de ofrecer, en nuestro caso, propuestas de apellido ignaciano pero vacías de experiencia carismática. Son propuestas sin duda válidas pastoralmente, tal vez coherentes teológicamente y originales formalmente, pero poco consistentes y duraderas si se resienten en sus fundamentos carismáticos. En el 2000 ya comentaba Kolvenbach: “hay que lamentar con todo que nuestras jóvenes generaciones no reciban ya una formación específicamente ignaciana entre el noviciado y la tercera probación. Importa llenar esta grave laguna para asegurar la fidelidad cre-

ativa en el futuro”²⁵. El lamento de Kolvenbach no es sólo de falta de erudición histórica ignaciana entre los jóvenes, sino de la probable carencia de fundamento carismático en las misiones de la futura Compañía.

7. Las fuentes, un ámbito para el gobierno

Volver a las fuentes para renovar el carisma fue una de las invitaciones que el Concilio Vaticano II ofreció a los Institutos religiosos²⁶ y que Benedicto XVI recordó en la reciente CG 35²⁷. En la Compañía de Jesús el gobierno inspirador del P. Arrupe asumió con diligencia esta tarea²⁸ y dejó abierto un camino que el P. Kolvenbach retomaría después con constancia y fidelidad.

*El ejemplo del P. Kolvenbach*²⁹. Durante su largo generalato (1983-2008) el P. Kolvenbach permaneció fielmente anclado en su deseo de mantener viva la inspiración ignaciana del Cuerpo de la Compañía. Los completos índices de los libros que contienen una selección importante de sus escritos³⁰ dan cuenta de la constante preocupación del General por ofrecer a la Compañía un magisterio inspirado en sus fuentes: unas seiscientas referencias al texto de los *Ejercicios*, junto con unas 250 entradas de las *Constituciones*, así como numerosas referencias a las cartas o a la *Autobiografía* de San Ignacio. Su recurrencia a Ignacio, a sus compañeros y a la vida de la primera Compañía es constante, convencido de que ahí reside el fundamento y la inspiración de la identidad y de las misiones jesuíticas del siglo XVI al XXI: “¿Qué haría Ignacio si volviera y afrontara nuestro mundo, nuestros tiempos?”³¹.

a. Las fuentes en la identidad de la Compañía. Kolvenbach nos recor-

²⁵ “Sobre la reunión de Provinciales en Loyola – Loyola 8 de diciembre de 2000”, en *Selección de Escritos del Padre Peter – Hans Kolvenbach (1991-2007)*, Curia del Provincial de España de la Compañía de Jesús, Madrid 2007, 65-72, 69.

²⁶ *Perfectae Caritatis* 2: “La adecuada adaptación y renovación de la vida religiosa comprende a la vez el continuo retorno a las fuentes de toda vida cristiana y la inspiración originaria de los institutos”.

²⁷ “que prosigáis en el camino de esa misión, con plena fidelidad a vuestro carisma original en el contexto eclesial y social propio de este inicio de milenio” (*Congregación General* 35, d3, 6).

²⁸ Para contextualizar este aspecto en un marco más amplio, puede verse: ROYÓN, E., “Su modo de gobernar” en *Pedro Arrupe. General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía* (La Bella, G., ed.), Mensajero / Sal Terrae, Bilbao / Santander, 2007, 711-751.

²⁹ Sólo podemos ofrecer un somero recorrido por una parte de la fecunda obra escrita del P. Kolvenbach, que supo encontrar con precisión conceptual y teológica el fundamento ignaciano de toda misión de la Compañía, como trataremos brevemente de demostrar.

³⁰ *Selección de escritos del P. Peter-Hans Kolvenbach (1983-1990)*, (I) Provincia de España de la Compañía de Jesús, Madrid 1992 y *Selección de escritos del P. Peter-Hans Kolvenbach (1991-2007)*, Provincia de España de la Compañía de Jesús, Madrid 2007 (cf. esp. 709-712 y 691-695 respectivamente).

³¹ “A los participantes en el Encuentro JESCOM” (Villa Cavalletti, 12/09/1991), *Selección* II, 379-395, 381-2.

dó los 450 años de los votos de Montmartre³², y desde ellos actualizó algunos de los elementos fundamentales de nuestro carisma, como la centralidad de la Eucaristía, la Koinonía y la “común llamada del Señor”, la pobreza y la gratuidad que conducen a la alegría propia de la presencia del Espíritu. Su carta sobre “La vida en el Espíritu” (26/03/1989)³³ parte de referencias a cartas de Ignacio, a los Ejercicios o a la Fórmula del Instituto y desde ahí estimula a la Compañía a seguir profundizando en los Ejercicios anuales, la Eucaristía diaria y en diversas maneras de favorecer la oración personal y comunitaria.

Una síntesis de los rasgos carismáticos propios de la Compañía quedan recogidos también en su alocución a la Congregación de Provinciales (Loyola, 26/09/1990) en el 450 aniversario de la aprobación de la Fórmula del Instituto; el envío que entonces Paulo III hacía a los primeros compañeros contiene algunos aspectos “que nos interpelan todavía hoy”³⁴. La importancia de la Eucaristía dentro del conjunto de estos rasgos se recoge en la carta del 15 de enero del 2006 donde de nuevo la referencia a la experiencia de Ignacio y de los compañeros en Montmartre ofrece el fundamento ignaciano de su reflexión³⁵. La vida comunitaria, por su parte, se construye desde una profunda intuición ignaciana de mantener vinculados a los miembros de un cuerpo cuya misión pide una intensa dispersión; los compañeros estaban conducidos por un mismo Espíritu y el lazo esencial que los une es el amor de Dios [Co 671]³⁶.

El sentir con la Iglesia hoy no puede prescindir del profundo deseo y voluntad de Ignacio de poner a la Compañía al servicio de la Iglesia (Loyola, 23/09/2003) y retomando palabras del P. Arrupe del año 1968 afirma: “es misión de la Compañía hacer que se ame y comprenda la mente de la Iglesia”³⁷.

b. Las fuentes en la misión y ministerios de la Compañía. No hay ministerio ni misión de la Compañía que no adquiera sentido al ser iluminado por el carisma recibido en los comienzos. Veamos algunos ejemplos.

Ecumenismo y diálogo interreligioso. Apoyado en la dispersión de los

³² Selección I, 33-36.

³³ Selección I, 75-86.

³⁴ Selección I, 253-268. Kolvenbach destaca: presbíteros, libremente pobres, maestros en artes, pobres e instruidos, el vicario de Jesucristo, Ejercicios espirituales y obras de caridad, el peso de la vocación y el envío.

³⁵ Selección II, 98-103.

³⁶ “La CG 34 y la vida comunitaria” (A los Superiores de Francia. Chantilly, 30 de noviembre de 1996), Selección II, 197-210. Kolvenbach vuelve de manera muy lúcida a la experiencia de Ignacio y los compañeros para ayudar a comprender mejor la situación y estructura de la Comunidad de la Curia de la Compañía en Roma, glosando las imágenes de Ignacio al hablar de la Curia como cabeza, corazón y estómago de la Compañía (carta del 31 de octubre de 1547) (“A la Curia”, 30/03/2001, Selección II, 229-235).

³⁷ Selección II, 162-169.

primeros compañeros por Europa en tan diversas misiones, Kolvenbach saludó a los “Jesuitas ecumenistas reunidos en Chantilly” (23/06/1986)³⁸ y “estirando” una vez más el significado del “presupuesto” de los ejercicios [Ej 22]³⁹ les exhorta a la “muchacha paciencia en la búsqueda y el diálogo comunes”. A los jesuitas que trabajan con musulmanes (Le Chate-lard, 4/09/1990) les recuerda las referencias a los turcos en la Fórmula del Instituto⁴⁰ y las directrices que Ignacio daba en 1554 para que las casas de la Compañía adquiriesen libros sobre el Islam⁴¹. Por su parte la expresión de la tercera semana “la divinidad se esconde” inspira y alienta ignacianamente un tema tan actual como el de la increencia⁴².

Refugiados. Muy actual es también el tema de la atención a los refugiados, que encuentra con facilidad su marco carismático en la atención de Ignacio y los compañeros a los refugiados en Roma en 1537. Kolvenbach señala que “esta respuesta de Ignacio y sus primeros compañeros a las necesidades de los desplazados de Roma inspiró al padre Pedro Arrupe a hacer otro tanto”⁴³.

Educación. La misión de la Compañía en la Universidad se sustenta en el carácter universitario del grupo de compañeros de París (1528-1535). La opción por un ministerio letrado llevará a la naciente Compañía, allá por 1548, a embarcarse en la administración y gestión de obras educativas para “proponer un nuevo modelo de educación superior en respuesta a las necesidades de la nueva cultura”⁴⁴. La impronta de la educación ignaciana nos viene dada desde la síntesis que los primeros jesuitas lograron entre el intelectualismo escolástico y el humanismo de la época para mejor responder a las necesidades de la sociedad e incidir evangélicamente en la cultura. Todas las intervenciones del P. Kolvenbach en foros muy diversos sobre educación superior y colegios de la Compañía arraigan el sentido y la orientación de las instituciones en las fuentes de nuestro carisma⁴⁵.

³⁸ *Selección I*, 151-154.

³⁹ “se ha de presuponer que todo buen cristiano ha de ser más pronto a salvar la proposición del prójimo que a condenarla” [Ej 22].

⁴⁰ “ir inmediatamente [...] a cualquier parte del mundo adonde nos quieran enviar, o a los turcos o a cualesquiera otros infieles, aun a aquellas partes que llaman Indias” (FI [4]).

⁴¹ *Selección I*, 479-485. Véase también “Venecia y los turcos en la visión apostólica de Ignacio de Loyola” (Venecia, 24/06/1987), *Selección I*, 599-613.

⁴² “En las I Jornadas Nacionales sobre la Increencia” (Madrid, 4/02/1986), *Selección I*, 486-488.

⁴³ *Selección I*, 155-165.

⁴⁴ “Alocución en la reunión internacional sobre la Educación Superior de la Compañía de Jesús: la Compañía de Jesús a la luz del carisma ignaciano” (Montecucco, 27/05/2001), *Selección II*, 311-326, 319.

⁴⁵ Puede verse *Selección II*: “Apertura del Congreso sobre Estudios internacionales sobre Pedagogía ignaciana” (Messina 14/09/1991) 347-357; “El compromiso de la Compañía de Jesús en el Sector de Educación (Gdynia, 10/10/1998) 358-366; “Los desafíos de la educación cristiana a las puertas del tercer milenio” (Arequipa, 9/07/1998) y la “Alocución en el encuentro Cias y Fe y Alegría” (Buenos Aires, 14/11/2001), 375-378.

Ciencia y Fe. “Es justo preguntarse qué tiene que ver Ignacio de Loyola, un ‘gentilhombre’ guerrero medieval, en esta ilustre historia del Instituto Químico de Sarriá”⁴⁶. Kolvenbach acierta a relacionar el despertar de Ignacio a la razón con su fe en la importancia del trabajo de la inteligencia como cooperación del trabajo creador de Dios. Desde esta perspectiva toda investigación científica queda redimensionada tanto desde el horizonte del Principio y Fundamento [*Ej* 23] como desde la experiencia que se ofrece en la Contemplación para alcanzar amor [*Ej* 230-237]; de aquí brota el intelectualismo optimista de Ignacio de Loyola. “Vencer la ignorancia y los prejuicios, hacer un mundo más justo y solidario a través del estudio y la docencia [...] por medio del diálogo vivo entre las ciencias y la fe, es característico de la forma de proceder de los jesuitas”⁴⁷.

Conclusión

Desde que Dios separó la tierra de las aguas, el mar no ha dejado de variar incesante, eternamente, sin dejar ni un instante de permanecer él mismo. Podemos contemplarlo durante muchas y muy largas horas y, creyendo estar viendo siempre lo mismo, vemos en cada instante algo distinto e irrepetible. Cada ola alcanza la orilla de manera nueva, tal vez parecida, pero siempre diferente a la anterior; todas se forman de la misma agua, todas proceden del mismo mar. Las fuentes están ahí, profundas, siempre las mismas, inmutables en sus textos, pero siempre también despertando y alentando de manera nueva la vida de la Institución. Abiertas a ser siempre conocidas, reconocidas e interpretadas en tiempos muy diversos y lugares muy distantes, pero, sorprendentemente, construyendo la misma identidad, animando la misma misión y orientando la institución hacia su único fin: hacer “del vínculo inseparable entre la fe y la promoción de la justicia del Reino” el principio integrador de nuestra misión⁴⁸.

*Cada ola alcanza la
orilla de manera
nueva, tal vez parecida
pero siempre diferente
a la anterior*

⁴⁶ “Evolución del encuentro entre Ciencia y Fe” (Barcelona, 14 de julio de 2006), *Selección* II, 422-432.

⁴⁷ *Ibid.* 431.

⁴⁸ *Congregación General* 35, de, 2, citando a *Congregación General* 34, d2, 14.